

A propósito de tradicionalistas

Por M. MARTINEZ CARRIL



El hombre, que no puede vivir solo, se organiza en sociedad. La historia de esa convivencia vertida en tiempo presente es la cultura, hecha sobre pautas y hábitos que varían según la experiencia (es decir, la historia) de cada comunidad o grupo humano. Pero no es una suma de tradiciones, entre otros motivos porque tradición implica pasado y el pasado no es sino eso: la vida que pasó, la vida que fue y ya no es. Vivir en ese pasado implica de alguna manera negarse a vivir en presente, o sea negarse a vivir y punto.

Quizás por eso el hombre permanentemente busca nuevas formas de expresión y de comunicación. Es un proceso natural y espontáneo. A principios de siglo el ideal de mucha gente consistía en vivir en casas de techos altos, entre muebles adornados de molduras y espejos biselados. Probablemente porque esos añadidos cargaban de mayor contenido a la vida cotidiana: el teléfono no era frecuente, la radio y la televisión no existían, los primeros automóviles (muy escasos), cruzaban raudos las calles de adoquines a veinte kilómetros por hora, y la luna estaba allí para inspirar a poetas distraídos. La vida diaria, de puertas afuera, era ciertamente lenta y las cosas que ocurrían no eran realmente muchas. La vida parecía más real, contradictoria, rica, dramática y colorida en los museos, porque las contradicciones estaban en los cuadros imaginados por artistas y apreciados por su vitalidad. La palabra museo, sin embargo, de un tiempo a esta parte, ha adquirido un dejo despectivo en la medida que la vida real hecha de titulares de diarios, de llamadores visuales y auditivos a cada vuelta de la esquina, provoca en el ciudadano de cualquier lugar del mundo la certeza de que nada hay tan fascinante como la vida real. La gente prefiere entonces los monobloques funcionales, con ascensores y sin adornos, prefiere que raptos y seducciones que ocurrían en los cuadros de grandes pintores sucedan en la vida cotidiana o que la lucha por vivir sea protagonizada por uno mismo.

Para quienes se refugian en las tradiciones, la culpa de esos nuevos hábitos la tiene el cine y quizás la literatura o el teatro, sin darse cuenta que la culpa la tiene la vida misma, el tiempo presente. Los tradicionalistas, por otra parte, también existen en el cine. Faltaba más. Porque el cine fue, hasta hace poco, el medio de expresión y comunicación apto para una sociedad que velozmente se vinculaba, alcanzaba una ubicuidad imprevisible en la belle époque y empezaba a consumir vorazmente objetos, modas y gustos superfluos. Fue entonces que el cine se convirtió en un espectáculo masivo. Importaba para la gente saber que estaba compartiendo al mismo tiempo,

en el mismo momento, junto a otras 1.500 personas, la misma experiencia de espectador de una misma película. Fue la era de las grandes salas de cine. La conciencia individual parecía disolverse en esa conciencia colectiva, en medio de un gran sueño, en una sala enorme y a oscuras como en los sueños, o en las pesadillas. Pero así como antes la experiencia colectiva frente al arte derivó en la actitud individual (o más reducida) y crítica, ese proceso se cumple también con el cine.

Las salas de menos de cien butacas son ahora frecuentes en todo el mundo. El espectador prefiere cada vez más diferenciarse de la multitud anónima y amorfa y por esa vía se vuelve consciente y crítico. En poco tiempo se prevé que el cine sea nuevamente (como en sus comienzos) un espectáculo de pocos y hasta quizás un espectáculo individual, estableciendo un proceso de comunicación semejante al que se genera con la lectura de una novela o la contemplación de un cuadro: el video cassette, el video disco, los films en S8 para pocos espectadores tienen cada vez más adictos. Con lo cual, si se aplica el criterio de los tradicionalistas, esos y otros cambios sociales habrá que achacarlos a algún medio de comunicación o de información (la televisión probablemente), sin darse cuenta que es la vida misma, los ajustes culturales de la sociedad en tiempo presente, la que impulsa nuevas formas y hábitos, incluso a nivel de expresión y comunicación, y la que para el caso catapultó a la televisión como forma masiva.

Si esto es así, cabe la sospecha de que: a) los hábitos sociales que habían sido atribuidos al cine son tan flexibles como tantos otros hábitos en la historia; b) la influencia encauzante o desquiciante del cine es relativa y cada vez es menor si es que en algún momento existió; c) si se admite que esa tendencia mundial conduce a que el espectador sea cada vez más crítico se debe admitir también que cortes y restricciones aplicados al cine son por lo menos ingenuos, para decirlo de alguna manera; d) los exhibidores uruguayos en crisis son aparentemente tradicionalistas y conservadores, porque hasta ahora siguen pensando en salas enormes y no han imaginado implantar aquí —como en cualquier parte del mundo— los famosos multicines: varias salas en un solo edificio, cada una con capacidad reducida, confort e intimismo. La tradición no es sinónimo de cultura, como se sabe. Tampoco es sinónimo de dinamismo♦